

Por los caminos de la lengua

Se han cumplido ya diez años desde que, el 14 de agosto de 2011, Manuel Alvar nos dijo adiós definitivamente. Los medios de comunicación, en aquellos días, glosaron ampliamente la obra y la personalidad del maestro, al que, sin lugar a dudas, corresponde el lugar más señero de la Filología hispánica de la segunda mitad del siglo XX. Porque Manuel Alvar realizó un trabajo impresionante que, por fortuna, las instituciones supieron reconocerle.

La investigación filológica ha ido creando, a lo largo del tiempo, una extensa lista de términos que definen las tareas concretas que desarrollan quienes la cultivan: fonólogo, gramático, lexicólogo, historiador de la lengua, dialectólogo, geolingüista, sociolingüista, crítico literario, editor de textos... La fecunda obra de Manuel Alvar abarca todos esos quehaceres, y aún deberían mencionarse otros, como el de creador literario. Podría decirse, con justicia, que nada le fue ajeno en el ancho campo de la Filología hispánica, pues recorrió, con entusiasmo y dedicación ejemplares, los muchos caminos de la lengua española y de sus variedades, en el pasado y en el presente.

Si todos le entusiasmaron, hubo uno por el que mostró especial predilección: la Dialectología. La más humana de las tareas filológicas, pues como él mismo escribió, el dialectólogo «ve gentes que nunca ha visto y aprende a amarlas. Oye cosas nunca oídas, y las quiere guardar para que no caigan en el olvido». Desde esta querencia, fueron pasando a páginas magistrales las hablas populares andaluzas y canarias, el legado cultural de los judíos sefardíes, el encuentro con la propia lengua en la Amazonia colombiana y en el mercado mejicano de Mitla o

la fidelidad a sus propias tradiciones idiomáticas de unos isleños que, a finales del siglo XVIII, se quedaron a vivir en la Luisiana.

Manuel Alvar tenía 21 años cuando —un verano pirenaico— iniciaba estas tareas, gratas y duras al mismo tiempo: recoger las palabras de las gentes sencillas para estudiar el habla cotidiana. De aquellas primeras encuestas nació *El habla del Campo de Jaca*, contribución que, en 1946, sería galardonada con el premio Menéndez Pelayo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y, dos años más tarde, publicada por la Universidad de Salamanca.

Pronto, tras esta primera experiencia, concibió Manuel Alvar un magno proyecto del que estaba muy necesitada la Filología hispánica: representar en mapas el habla viva de las distintas áreas que conforman la lengua española. Trabajo verdaderamente complejo pero que, con tesón, fue convirtiéndose en una realidad espléndida: innumerables datos sobre miles de mapas lingüísticos están hoy a disposición de los investigadores para estudiar el español contemporáneo, en su unidad y en su variedad. Primero, en 1961, fue el *Atlas* de Andalucía; después vendrían el de Canarias y el de los marineros peninsulares; entre 1979 y 1983 vieron la luz los 12 tomos (1650 mapas) del *Atlas* de Aragón, Navarra y Rioja; y en época más reciente, los de Cantabria y del área castellano-leonesa. En 1982, Manuel Alvar hacía estas reflexiones: «El dialectólogo hace treinta y cinco años que patea la ancha y áspera piel del toro ibérico. Recoge palabras y ama las gentes que las pronuncian. A veces piensa que ya está bien, que los mozos se tiren al monte y que él debe empezar a descansar». Y sin embargo, no tardaría en volcarse en un proyecto que, por su magnitud, es el más ambicioso de cuantos se han realizado con las técnicas de la Geografía lingüística: el *Atlas* de Hispanoamérica, que pudo ver en parte concluido y cuya publicación ha avanzado notablemente durante estos últimos años.

Ciertamente, el oficio de dialectólogo entraña incomodidades: «Un día —escribió Manuel Alvar tras realizar encuestas en los Llanos Orientales de Colombia— en el *Atlas* de Colombia habrá un puntito con un número. Allí estará Puerto López... Nadie sabrá lo que ese punto significa, lo que unos hombres trabajaron, sufrieron y se emocionaron para que aquel punto exista». Pero también alegrías profundas: acaso la más inmediata, compartir un trabajo, una ilusión y una amistad con los numerosos investigadores que colaboraron con él en estas empresas. Vienen a la memoria los nombres de Tomás Buesa, Antonio Llorente y Gregorio Salvador, y siempre al lado doña Elena, la fiel compañera.

Pero no menos intensa hubo de ser la emoción de encontrar la propia lengua en los rincones más perdidos de la tierra; y con esa emoción, la de sentirse poseedor de una cultura integradora, aunque multiforme, de mestizajes, a la que llamamos Hispanidad.

Entre los caminos que Manuel Alvar recorrió de manera más constante se encuentran los aragoneses. Uno de los primeros trabajos que jalonan su quehacer como dialectólogo, escrito en 1945, trata sobre el *Octavario* de doña Ana Abarca de Bolea, y cuando ya concluía el siglo XX publicó los *Estudios sobre el dialecto aragonés (III)*, monografía en la que se recogen sus últimas aportaciones en torno a la Geografía lingüística de Aragón. En el largo periodo que media entre una y otra fecha, quedan el estudio sobre *El habla del Campo de Jaca*, la edición del *Bosquejillo* de José Mor de Fuentes, *La frontera catalano-aragonesa*, *El dialecto aragonés*, *Aragón: literatura y ser histórico*, el *Atlas lingüístico de Aragón* y muchas otras contribuciones que hablan por sí solas de la atención y del afecto que, a lo largo de su vida, Manuel Alvar dedicó a la tierra que lo vio crecer y en la que —Aguadores 20, Instituto Goya, las clases de don Francisco Ynduráin— seguramente fue descubriendo razones para entregarse con plenitud a la Filología.

Pero hay que mencionar todavía un poderoso vínculo que mantuvo unido a Manuel Alvar con Aragón hasta el final de sus días: la Institución «Fernando el Católico» y el *Archivo de Filología Aragonesa*. Tomó las riendas de esta revista, nacida en 1945 de la mano de don Francisco Ynduráin y don José Manuel Blecua, el 29 de octubre de 1954, y como director continuó hasta el momento de su fallecimiento: casi 54 años de dedicación ininterrumpida, más de 50 volúmenes, cerca de 400 artículos y 12000 páginas son los dignos haberes que Manuel Alvar ha legado a esta revista que, con la presente entrega, alcanza el número 67. Puede decirse, sin temor a exagerar, que Manuel Alvar hizo del *Archivo de Filología Aragonesa* un reflejo fidedigno de los estudios en torno a la variación lingüística y a la producción literaria del Aragón de todos los tiempos y, en consecuencia, un referente insustituible no solo para la Filología aragonesa, sino también para otras muchas áreas afines de investigación.

José M.^a Enguita Utrilla